
Lluvia nocturna

Antonio Deltoro

Me aletargaba, tomaba las cosas despacio:
con la punta de los dedos creaba huecos de transparencia
refulgente;
estaba fascinado por el tacto y el sueño;
las rugosidades, pero también los brillos me atraían y podían
demorarme;
la duela protestante y la alfombra mahometana me acogían;
a veces las ventanas invernanaban, se adormecían, no veían,
cerraban los ojos;
otras, en cambio, los troncos me llevaban a su tacto
nocturno;
salía a que la lluvia me mojara y chapoteaba descalzo por el
lodo;
las briznas de pasto rotas por la lluvia flotaban en los
charcos oscuros;
la hierba dialogaba con mis plantas desnudas
en un idioma que mis oídos no entendían y que mis pies
dominaban;
en un lenguaje mestizo de suavidad y vigor.
Mis pies disfrutaban la época de lluvias, los charcos, la
hierba satisfecha;
harta, pegajosa, casi en estado de coma, entregada al agua y
su sopor,
y recordaban a lo lejos las voces roncadas, hechas de
sílabas cortas,
de la hierba seca y de su garganta deshecha,
débiles y amarillas como las luces de la casa que me llamaba
a su interior.
Cansadas de su transparencia las ventanas saborean los
mapas de vaho en los cristales.
La lluvia nocturna sobre las hojas de los mangos aceita la
noche de verdura.
Miro la lluvia, la busco con los ojos, oigo el aguacero.
En época de lluvias, cuando el agua golpea las copas de los
árboles,
se oye danzar un chimpancé hasta entonces dormido.
La lluvia me dice que existo desde hace siglos
y que desde hace siglos no entiendo que más me dice la
lluvia.